

La Defensa Maníaca

Donald Winnicott

PSIKOLIBRO

La Defensa Maníaca

Donald Winnicott

1935

Leído ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, el 4 de diciembre de 1935

Refiriéndome a mi caso particular, la creciente comprensión del concepto que Melanie Klein denomina actualmente «la defensa maníaca», ha coincidido con una profundización de mi apreciación de la realidad interior. Hace tres o cuatro años lo que yo hacía era contrastar la «fantasía» y la «realidad», lo cual hacía que mis amigos no iniciados en el psicoanálisis me dijese que estaba empleando la palabra «fantasía» de una manera que difería del empleo ordinario que del término se hace. A sus objeciones yo replicaba que el mal uso del término resultaba inevitable, ya que (como sucede en el empleo psicoanalítico de la palabra «angustia») la invención de una nueva palabra hubiese sido más difícil de justificar que el hecho de remozar un término ya existente.

Gradualmente, sin embargo, me voy dando cuenta de que uso la palabra “fantasía” más en su sentido normal y he llegado a comparar la realidad externa no tanto con la fantasía como con la realidad interna. En cierto modo lo que les estoy diciendo es una sutileza, ya que, si se respetara suficientemente la «fantasía», tanto la consciente como la inconsciente, no haría falta ningún esfuerzo para pasar a utilizar el término «realidad interna». y, con todo, puede que haya para quienes, tal como me sucede a mí, el cambio de la terminología entrañe una profundización de la creencia en una realidad interior (1).

La conexión entre este prolegómeno y el título de mi escrito, «La defensa maníaca», estriba en que forma parte de la defensa maníaca de uno mismo el ser incapaz de dar plena importancia a la realidad interior. Existen fluctuaciones en la capacidad personal para respetar la realidad interior, fluctuaciones que se relacionan con la angustia depresiva que hay en uno mismo. Su efecto consiste en que en ciertos días se nos presenta un paciente que emplea principalmente defensas de tipo maníaco y que nos ofrece un material que al principio escapa a la interpretación. Y sin embargo, las notas tomadas de las asociaciones durante la visita nos parecerán completamente comprensibles al día siguiente.

Esta nueva comprensión nos induce a replantearnos la “huida hacia la realidad» (Searl, 1929) en calidad de huida de la realidad interna más que de la fantasía. La realidad interna misma debe describirse en términos de fantasía y, sin embargo, no es sinónimo de la fantasía, ya que se utiliza para denotar la fantasía que es personal y organizada, así como históricamente relacionada con las experiencias, excitaciones, placeres y dolores físicos de la infancia. La fantasía forma parte del esfuerzo que realiza el individuo para afrontar la realidad interior. Cabe decir que la fantasía (2) y los sueños diurnos o devaneos constituyen manipulaciones omnipotentes de la realidad externa. El control omnipotente de la realidad entraña la fantasía acerca de esta realidad. El individuo llega a la realidad externa a través de las fantasías omnipotentes elaboradas dentro del esfuerzo para alejarse de la realidad interior.

En el último párrafo de su escrito («La huida hacia la realidad», 1929) la señorita Searl escribe: «... en peligro (el niño), quiere conservar los padres idealmente amados y amantes siempre consigo, sin temor alguno a la separación; al mismo tiempo quiere destruir en el odio a los padres poco cariñosos y severos que le dejan expuesto a los horribles peligros de las tensiones libidinales insatisfechas. Es decir, en la fantasía omnipotente el niño devora tanto a los padres amantes como a los severos...».

Pienso que lo que aquí se omite es el reconocimiento de la relación con los objetos que se presiente hay en el interior. Diríase que aquello con lo que nos encontramos no es meramente una fantasía de incorporación de los padres buenos y malos, que sino que nos encontramos con el hecho, del cual el pequeño es mayormente inconsciente, de que por las mismas razones que han funcionado dentro de las relaciones del niño con los padres externos, se producen ahora ataques sádicos dentro del niño, ataques dirigidos contra los padres buenos que se quieren mutuamente (debido a que, al ser felices juntos, son causa de frustración), ataques contra los padres a los que el odio transforma en «malos», defensa contra los objetos «malos» que ahora amenazan al yo también y, asimismo, intentos de salvar lo «bueno» de lo «malo», de emplear lo «malo» para contrarrestar lo

«malo» y así sucesivamente.

Las fantasías omnipotentes no constituyen tanto la realidad interior misma como una defensa contra la aceptación de dicha realidad. En tal defensa uno encuentra una huida hacia la fantasía omnipotente, al igual que el paso de unas fantasías a otras y, siguiendo este orden, una huida hacia la realidad externa. Es por eso que creo que no se puede comparar ni contrastar la fantasía con la realidad. En el libro de aventuras corriente, extrovertido, a menudo vemos cómo el autor lleva a cabo la huida hacia los sueños diurnos de la infancia y cómo más tarde se vale de la realidad externa en esta misma huida. El autor no es consciente de la angustia interior depresiva de la que ha escapado. Ha vivido una vida llena de incidentes y aventuras que le es posible narrar exactamente. Pero la impresión que queda en el lector es la de una personalidad relativamente poco profunda, por esta misma razón: que el autor aventurero se ha visto obligado a basar su vida en la negación de la realidad personal interior. Uno se aparta con alivio de tales autores para coger otros capaces de tolerar la angustia depresiva y la duda.

Resulta posible investigar el aminoramiento de la defensa maníaca en el comportamiento y en las fantasías de un paciente durante su análisis. A medida que las angustias depresivas se atenúan a consecuencia del análisis, mientras aumenta la creencia en unos objetos interiores “buenos”, la defensa maníaca se hace menos intensa y menos necesaria, y, por consiguiente, menos evidente.

Debería ser posible eslabonar la aminoración de la manipulación omnipotente, del control y de la devaluación con la normalidad, y, en cierto grado, la defensa maníaca que todos empleamos en la vida cotidiana. Por ejemplo, uno se encuentra en un music-hall; en el escenario aparecen las bailarinas, adiestradas para dar sensación de vivacidad. Cabría decir que nos hallamos ante la escena originaria, ante el exhibicionismo, ante el control anal, la sumisión masoquista ante la disciplina, el desafío del superyo. Más tarde o más temprano uno añade lo siguiente: he aquí la VIDA. ¿No será acaso que lo principal de la función consiste en negar la muerte, defenderse contra las ideas depresivas de una «muerte interior», mientras la sexualización ocupa un plano secundario?

¿Y qué decir, por ejemplo, de la radio que se tiene encendida interminablemente? ¿Y del vivir en una ciudad como Londres, con su incesante ruido, sus luces que nunca se extinguen? Cada uno de estos ejemplos ilustra la tranquilización contra la muerte interior -tranquilización que se lleva a cabo a través de la realidad-, y un empleo de la defensa maníaca que puede ser normal.

Igualmente, para explicarse el hecho de que en nuestra prensa exista una columna dedicada a la Corte debemos postular la presencia de una necesidad general de ser tranquilizados contra ideas de enfermedad y muerte en la familia real y entre la aristocracia, esta tranquilización nos puede ser proporcionada mediante la publicación fidedigna de los hechos. Pero no hay seguridad posible contra la destrucción y desorganización de las figuras correspondientes en nuestra realidad interior. De «Dios salve al Rey» no basta con decir que queremos salvar al rey del odio inconsciente que sentimos por él. Podríamos decir que en nuestra fantasía inconsciente llegamos a darle muerte, y deseamos ponerle a salvo de nuestra fantasía, pero esto extiende demasiado la palabra “fantasía”. Prefiero decir que en nuestra realidad interior el padre interiorizado es constantemente asesinado, robado, quemado y despedazado, y nosotros agradecemos la personalización de este padre interiorizado por un hombre real a cuya salvación podemos contribuir. El duelo de la Corte es una orden obligatoria que rinde tributo a la normalidad del suelo. En la defensa maníaca el duelo no puede ser experimentado.

En estas columnas dedicadas a la vida de la Corte se da cuenta y se predicen los movimientos de la aristocracia y aquí, tenuemente disfrazado, puede apreciarse el control omnipotente de personajes que representan a los objetos interiores.

Lo cierto es que apenas es posible hablar en abstracto sobre si tales dispositivos constituyen una tranquilización normal a través de la realidad o si, por el contrario, son una defensa maníaca anormal. Sin embargo, lo que sí puede decirse y comentarse es el uso de la defensa con el que nos encontramos durante el análisis de un paciente.

En la defensa maníaca la relación con un objeto externo se utiliza con la finalidad de aminorar la tensión en la realidad interna. Pero es característico de la defensa maníaca que el individuo no pueda creer plenamente en la vida que niega a la muerte, ya que el individuo no cree en su propia capacidad para el amor objetal, pues la compensación es solamente real cuando la destrucción es reconocida.

Puede ser parte de nuestras dificultades para ponernos de acuerdo sobre un término que denomina lo que de momento se llama “defensa maníaca”, tenga que ver con la naturaleza de la misma defensa maníaca. Uno no

puede dejar de observar que, en el habla popular, no solamente se emplea la palabra “depresión”, sino que además se emplea en su sentido exacto. ¿Es que no es posible ver en esto la introspección que acompaña a la depresión? El hecho de que no exista ningún término popular para la defensa maníaca podría engarzarse con la ausencia de autocrítica que clínicamente la acompaña. Por la misma naturaleza de la defensa maníaca, deberíamos dar por sentada nuestra incapacidad para conocerla directamente por medio de la introspección, en el momento en que esa defensa está operando.

Es justamente cuando estamos deprimidos cuando nos sentimos deprimidos. Es precisamente cuando la defensa maníaca actúa en nosotros cuando menos probable es que sintamos como si nos estuviéramos defendiendo contra la depresión. En tales momentos es más probable que nos sintamos alborozados, felices, ocupados, excitados, de buen humor, omniscientes, «llenos de vida» y que, al mismo tiempo, estemos menos interesados que de costumbre en cosas serias y en lo horrible que es el odio, la destrucción y las muertes. No deseo sostener que en los análisis del pasado (3) no se hayan alcanzado las fantasías inconscientes más profundas, las cuales (siguiendo a Freud) llamo aquí «realidad interior». Al estudiar la técnica psicoanalítica se nos enseña a interpretar dentro de la transferencia. El análisis completo de la transferencia proporciona el análisis de la realidad interna. Pero la comprensión de esta última resulta necesaria para una clara comprensión la transferencia.

Características de la defensa maníaca

Ha llegado el momento de hacer un examen más minucioso de la defensa maníaca. Sus características son la manipulación omnipotente o bien el control y la devaluación despectiva; se organiza con respecto a las angustias propias de la depresión, la cual es el estado de ánimo resultante de la coexistencia del amor y la voracidad o gula por una parte y el odio por otra dentro del marco de las relaciones entre los objetos interiores.

La defensa maníaca se manifiesta de diversas maneras, distintas aunque interrelacionadas; a saber:

- Negación de la realidad interior.
- Huida desde la realidad interior a la realidad exterior.
- Mantenimiento en «animación suspendida» de la gente que hay en la realidad interior.
- Negación de las sensaciones de depresión -es decir, la pesadez, la tristeza- por medio de sensaciones específicamente opuestas: ligereza, buen humor, etc.

El empleo de casi cualquier par antitético en la tranquilización contra la muerte, el caos, el misterio, etc., ideas que pertenecen al contenido de fantasía de la posición defensiva.

Negación de la realidad interior.

Ya me he referido a esto al explicarles mi propia demora en reconocer las fantasías inconscientes más profundas. Clínicamente, no vemos tanto la negación como la elación relacionada con ella, o bien un sentimiento de irrealidad acerca de la realidad externa, o el despreocupación por las cosas serias.

Vale la pena citar aquí un tipo de reconocimiento parcial de la realidad interior. Cabe encontrarnos con un reconocimiento sorprendentemente profundo de ciertos aspectos de la realidad interior en personas que, sin embargo, no reconocen que la gente que habita en ellas forman parte de ellas mismas. El artista siente como si el cuadro fuese pintado por alguien que actúa desde su interior; el predicador siente como si Dios hablase a través de él. Muchas personas que llevan vidas normales y valiosas no se sienten responsables de lo mejor que hay en ellas. Se sienten orgullosas y felices de ser el agente de una persona amada y admirada, o bien de Dios, pero niegan su paternidad en cuanto al objeto interiorizado. Creo que se ha escrito más acerca de los objetos interiorizados «malos» y repudiados que acerca de la negación de las fuerzas y objetos internos «buenos».

Existe una aplicación práctica de esto, pues en el análisis del tipo más satisfactorio de paciente religioso resulta útil trabajar con el paciente como si existiese una base mutuamente acordada sobre el reconocimiento de la realidad interior, dejando que el reconocimiento del origen personal del Dios del paciente venga automáticamente como resultado de la aminoración de la angustia debida al análisis de la posición depresiva. Resulta

necesariamente peligroso que el analista crea que el Dios del paciente es un «objeto de la fantasía». El empleo de esa palabra haría que el paciente sintiese que el analista está subvalorando el objeto «bueno», cosa que en realidad no hace el analista. Me parece que algo parecido sería aplicable al análisis del artista en lo que se refiere a su fuente de inspiración, así como al análisis de la gente interiorizada y de los compañeros imaginarios a quienes nos pueden presentar nuestros pacientes.

Huida desde la realidad interior a la realidad exterior.

Existen varios tipos clínicos de esta huida. Hay el paciente que hace que la realidad exterior exprese las fantasías. Hay el paciente que sueña despierto, manipulando omnipotentemente la realidad, pero a sabiendas de que se trata de una manipulación. Existe el paciente que explota cada uno de los aspectos físicos posibles de la sexualidad y de la sensualidad. El paciente que explota las sensaciones corporales interiores. De los dos últimos, el primero, el masturbador compulsivo, aplaca la tensión física por medio de la satisfacción que procura la actividad autoerótica así como por medio de las experiencias compulsivas de índole homosexual y heterosexual; el segundo, el hipocondríaco, llega a tolerar la tensión física mediante la negación del contenido de fantasía.

Animación suspendida.

En este aspecto de la defensa, en el cual el paciente controla a los padres interiorizados, manteniéndoles entre la vida y la muerte, la realidad interior peligrosa (con sus objetos «buenos» amenazados, sus objetos «malos» y sus fragmentos de objetos, y sus peligrosos perseguidores) es reconocida (inconscientemente) en cierta medida y afrontada. La defensa es insatisfactoria debido a que el control omnipotente de los padres interiorizados «malos» impide también todas las buenas relaciones, y el paciente se siente muerto por dentro y ve el mundo como un lugar incoloro. Mi segundo caso es ejemplo de esto.

Negación de ciertos aspectos de los sentimientos de depresión

Utilización de pares antitéticos para la tranquilización. Estas dos características pueden examinarse conjuntamente. Como ejemplo de lo que quiero decir les daré algunos pares antitéticos explotados corrientemente en las fantasías omnipotentes y en la realidad exterior controlada omnipotentemente por los pacientes que se hallan en un estado de defensa maníaca. Algunos emplean más corrientemente al servicio de la obtención de seguridad o confianza por medio de la realidad exterior, de manera que la omnipotencia y la devaluación se evidencian relativamente poco.

Vacío	Pleno
Muerto	Vivo, en crecimiento
Quieto	En movimiento
Gris	Coloreado
Oscuro	Claro, luminoso
Invariable	Constantemente cambiante
Lento	Rápido
Dentro	Fuera
Pesado	Ligero
Hundimiento	Alzamiento
Bajo	Alto
Triste	Gracioso, feliz
Deprimido	Alegre, dominante
Serio	Cómico
Separado	Unido
Separándose	Uniéndose
Informe	Formado, proporcionado
Caos	Orden
Discordancia	Armonía
Fracaso	Éxito
En pedazos	Integrado
Desconocido y misterioso	Conocido y comprendido

Aquí las palabras clave son «muerto» y «vivo», «en movimiento», «en crecimiento».

Depresivo-ascensivo

Deseo dedicar unos minutos a una de estas defensas que me interesa especialmente.

Mientras buscaba una palabra capaz de describir las defensas totales contra la posición depresiva me encontré con la palabra «ascensivo». Me la sugirió el doctor M. Taylor como antítesis de «depresivo» y resulta mejor que la palabra «animado» que, en los informes bursátiles, suele emplearse como antítesis de «depresivo».

Me parece a mí que esta palabra, «ascensivo», es susceptible de ser utilizada provechosamente para llamar la atención sobre la defensa contra un aspecto de la depresión que se ve entrañado en términos como «pesadez de corazón», «profundidad de desánimo», «esa sensación de hundimiento», etc.

Basta con pensar en las palabras «grave», «gravedad», «gravitación» y en las palabras «leve», «levedad», «levitación»; cada una de estas palabras tiene un doble significado. Gravedad denota seriedad, pero también se utiliza para describir una fuerza física. Levedad denota devaluación y chistosidad así como falta de pesadez física. En los juegos infantiles he comprobado siempre que los globos, los aviones y las alfombras mágicas llevan consigo un significado de defensa maníaca, a veces de un modo específico y otras veces de manera incidental. Asimismo, la alegría, lo que los ingleses llamamos «tener la cabeza ligera» (4) es síntoma común de una fase depresiva en ciernes, se trata de una defensa contra la pesadez: la cabeza, como si estuviera llena de gas, tiende a levantar al paciente por encima de sus problemas. En este sentido es interesante tomar nota de que al reír nos demostramos a nosotros mismos y a nuestros compañeros que poseemos mucho aire, para dar y vender, mientras que al suspirar y sollozar demostramos una falta relativa de aire mediante nuestros restringidos intentos de absorber aire. La palabra «ascensivo» trae a primer plano la importancia de la Ascensión en la

religión cristiana. Creo que alguna vez debería haber descrito la Crucifixión y la Resurrección en términos de castración simbólica con la subsiguiente erección, a pesar de la ofensa corporal. De haberle ofrecido esta explicación a un cristiano, éste hubiera protestado, no sólo debido a la negación general del simbolismo sexual inconsciente; cuando me parte de la indignación resultante hubiese estado justificada (5) por el hecho de haberme olvidado yo de la importancia depresivo-ascensiva del mito. Cada año el cristiano prueba las profundidades de la tristeza, el desánimo, la desesperanza, en las experiencias del Viernes Santo. El cristiano medio no puede retener la depresión tanto tiempo, y así pasa a una fase maníaca el Domingo de Pascua. La Ascensión señala la recuperación de la depresión.

Muchas personas encuentran que la tristeza va está lo bastante a mano como para que encima venga la religión a complicar las cosas. Tales personas son incluso capaces de tolerar la tristeza sin el apoyo que proporciona la experiencia compartida. Pero a veces me ha sorprendido, al oír cómo el analizado despreciaba la religión, que estén manifestando una defensa maníaca en la medida en que no logran reconocer la tristeza, la culpabilidad y la inutilidad, así como el valor que tiene el alcanzar esto que es propio de la realidad interior personal o psíquica.

La defensa maníaca y el simbolismo

El tema que he elegido es ciertamente susceptible de un amplio tratamiento. Una cuestión que me interesa muchísimo es la relación teórica entre los fenómenos de la defensa maníaca y el simbolismo. Por ejemplo, la salida del sol tiene una significación fálica, es decir, de erección. Esto es obvio, pero no se trata de lo mismo que su significación ascensiva o contradepresiva. En los juegos y las fantasías los globos se utilizan como símbolo del cuerpo o de los pechos de la madre, de la hinchazón del embarazo, de la erección, del flato; asimismo, se emplean como símbolos contradepresivos. En lo que respecta a los sentimientos, son contradepresivos, sea cual sea el objeto al que desplacen.

El caerse tiene una significación sexual o pasivo-masquista; tiene además una significación depresiva; y así sucesivamente.

Puede que una mujer envidie al hombre, desee ser hombre, odie ser mujer, porque, siendo ella propensa a la angustia depresiva, ha llegado a identificarse con el hombre que tiene una erección y, de esta manera, con la defensa maníaca ascensiva.

Éstas y otras relaciones entre las defensas maníacas y el simbolismo sexual habrá que dejarlas para un estudio posterior.

Ejemplos clínicos

Me sería fácil darles ejemplos que vinieran al caso empleando el material que cada uno de los diez pacientes que tengo a mi cuidado me han proporcionado esta semana o cualquier otra semana.

He seleccionado fragmentos de cuatro casos. Los primeros dos pacientes son de tipo asocial, el tercero padece una grave obsesión y el cuarto es un depresivo.

El primero, Billy, tiene cinco años y ha venido a mi consulta durante cuatro cursos trimestrales. Cuando por primera vez acudió a mí tenía tres años y medio, estaba inquieto y se interesaba principalmente por el dinero y los helados; era codicioso en extremo sin que al mismo tiempo fuese capaz de disfrutar lo que adquiría. Había comenzado a robar dinero y creo que sin el análisis hubiese sido un delincuente, especialmente en vista de que vive en un hogar donde él es el único hijo de unos padres que se llevan mal entre sí. En las primeras fases del análisis su comportamiento fue consecuente con el diagnóstico: «asocial, delincuente en potencia».

A modo de ilustración de los cambios que se han operado durante el análisis cito tres ejemplos, escogidos al azar, de los juegos del pequeño. Se produjo un intervalo de algunos meses entre la primera fase y la segunda, así como entre la segunda y la tercera.

En la primera fase, antes del primero de los tres juegos, hubiese resultado difícil decir que sus actividades constituían un juego, en el mejor de los casos el supuesto juego consistía en un feroz ataque contra los piratas. En el primer juego el niño se coloca ante la boca de un cañón, que yo disparo. El muchacho se ve elevado y transportado por el aire por encima de los continentes hasta África. Durante el trayecto derriba a varias personas con un palo; y, una vez en África, sin descender de lo alto, hace frente a los nativos, que se hallan ocupados en distintas actividades, arrojándolos desde la copa de los árboles a un pozo y cortándole la cabeza al jefe.

Durante una hora en la que este juego fue el más dominante el niño se mostró tremendamente excitado. No me sorprendió, pues, que al coger el ascensor para descender del segundo piso, fuese parar al sótano por error, quedándose allí aterrado. Aquel día le había seguido secretamente debido a su estado de exaltación, por lo que pude ayudarle a salvar su pequeña dificultad. El niño se quedó inmensamente tranquilizado al ver que yo me había dado cuenta de su estado anormal, por lo que había podido ayudarle cuando estaba en apuros.

Aquella sesión tuvo lugar después de una escena en su casa con su madre, escena que, desde luego, obedecía principalmente a su propia ambivalencia, que estaba saliendo al exterior. También señaló el punto culminante de su comportamiento «maníaco» y estaba relacionada en el tiempo con el análisis de la posición depresiva y con la llegada del sentimiento de tristeza y desesperanza. Con la llegada de la tristeza, por primera vez fue posible la restitución de los juegos constructivos.

El juego que me recordó al otro juego, el que acabo de describirles, tenía que ver con una serie de viajes en un aeroplano. Esto fue después de un intervalo de varios meses. De nuevo volamos hacia África, donde esperamos encontramos con enemigos. Contemplamos el mundo desde arriba y nos reímos de su insignificancia. Pero una de las características del viaje es una pasmosa serie de precauciones y medidas de seguridad. Disponemos de dos manuales sobre cómo llevar un aeroplano o un hidroavión. Tenemos dos motores y un helicóptero en caso de que los motores fallen, así como un paracaídas por cabeza. El tren de aterrizaje no sólo lleva las correspondientes ruedas, sino que también tiene un par de flotadores por si tenemos que amerizar. Llevamos abundantes provisiones y también un saco de oro por si se nos termina la comida o las piezas de recambio. Asimismo, de otras muchas maneras, nos aseguramos contra el posible fallo de nuestro intento de superar nuestros problemas.

En este segundo juego estaba clara la utilización de un mecanismo obsesivo; los perseguidores aumentaban de categoría, pasando a ser aviones de otra nacionalidad, susceptibles de convertirse en aviones aliados en caso de guerra con una tercera nación. (Esto se manifestó en juegos ulteriores.) La devaluación decreció y la omnipotencia aminoró; pero el hecho de estar arriba no había que explicarlo solamente mediante el hecho de que nosotros ocupásemos una posición que nos permitía arrojar excrementos al enemigo que estaba debajo, sino que retenía un sentimiento contradepresivo o ascensivo.

Les contaré un tercer juego para que lo comparen con los otros dos.

Nos construimos un barco con el que zarpamos rumbo a un país de piratas. En este juego (del que les doy solamente los detalles principales) nos olvidamos de nuestro objetivo, ya que hace un día muy hermoso. Nos quedamos haraganeando, tomando el sol en cubierta y disfrutando despreocupadamente de nuestra compañía. De vez en cuando nos zambullimos en el mar y nadamos un poco por ahí, perezosamente. Hay algunos tiburones y cocodrilos que de vez en cuando nos recuerdan su índole persecutoria, pero el muchacho tiene un arma de fuego que dispara incluso bajo el agua, así que no nos preocupan demasiado.

Admitimos a bordo a una niña pequeña a la que salvamos de ahogarse. Construimos unas montañas rusas para la muñeca de la pequeña. El capitán nos causa algunos problemas. Cada dos por tres las máquinas se paran porque el capitán, según nos permite ver una inspección, ha arrojado porquería entre los mecanismos. ¡Qué capitán! El capitán saca la porquería y nosotros seguimos gozando de la benevolencia del sol y del agua.

La comparación de este fragmento de juego con los otros dos juegos muestra una aminoración de la angustia de persecución (ya que en los anteriores los piratas habían sido una constante y grave fuente de preocupaciones), una conversión en «buenos» de los objetos «malos» (el mar solía estar rebosante de cocodrilos, aparte de ser enteramente malo), una creencia en la bondad y la amabilidad (el sol y la atmósfera general de vacaciones), una puesta en relación de la fantasía con las experiencias físicas (el fusil capaz de disparar debajo del agua), la capacidad de controlar la traición del capitán, que él mismo se encarga de reparar (extracción de la porquería de la maquinaria), las nuevas relaciones objetales (especialmente manifestadas en la inclusión de un nuevo objeto «bueno» bajo la forma de la niña, a la que se salva de perecer en el mar y a la que se hace feliz con una serie de subidas y bajadas controladas), así como una aminoración de la obsesiva toma de medidas contra riesgos. No es la devaluación la característica del juego.

La defensa maníaca hace su entrada en la medida en que los peligros son olvidados, pero el hecho de que haya cierto incremento en la bondad de los objetos internos hace que la defensa maníaca sea menos fuerte y traiga consigo los demás cambios. Existe una defensa maníaca por cuanto el muchacho afronta el peligro de una manera maníaca, abriendo fuego contra los perseguidores que hay dentro del cuerpo (bajo el agua); sin embargo, es observable una relación más sólida con la realidad externa: por ejemplo, en la relación que hay entre disparar debajo del agua y orinar en el baño.

Yo desempeñé el papel de hermano imaginario, pero también el de madre.

Clínicamente, Billy ha cambiado y es un niño mucho más normal. En la escuela, progresa satisfactoriamente y disfruta de su relación con los demás alumnos y con los maestros. En casa no acaba de ser normal: sigue exigiendo dinero y es propenso a armar ruido y especialmente a tener momentos en que su comportamiento es irrazonable justo en el momento en que comienza la cena. Pero tiene una personalidad deliciosa, una creciente comprensión de las dificultades de sus padres, que siguen mostrándose fríos el uno para el otro. La madre está muy enferma, es depresiva y drogadicta.

David (de ocho años), otro niño asocial, acudió a mí al comenzar el presente trimestre. Su alternativa era verse expulsado de la escuela por su «obsesión sobre el sexo y la limpieza corporal», así como por ciertos actos vagamente definidos con respecto a ciertos chicos y chicas. Es el único hijo de un padre depresivo aunque dotado de talento, que a veces, sin razón aparente para ello, se queda en cama durante varios días seguidos, y de una madre que, según ella misma dice, es sumamente neurótica y está realmente preocupada por la situación del hogar. La madre me brinda un excelente apoyo.

Al igual que la mayor parte de los niños delincuentes, David es inmediatamente apreciado durante un breve período por todos aquellos que no tienen demasiado contacto con él. De hecho, desde que empezó el tratamiento, no ha habido ningún incidente desagradable fuera, pero me dicen que su compañía resulta pesada si se prolonga mucho. El niño necesita y pide que se le tenga ocupado. Es notable su conocimiento de los hechos de la realidad externa, aunque esto es típico del delincuente.

En una de las primeras sesiones me dijo: «Espero no estar cansándolo». Y esto, unido a que los padres me habían dicho que siempre acababa por cansarles, así como a mi experiencia de un caso parecido (tratado antes de entender gran cosa de todo eso de la realidad interior) hizo que me dispusiese a tratar un caso agotador. Una vez, cuando en un seminario me hallaba describiendo el tratamiento de un joven delincuente, el doctor Ernest Jones comentó que del caso surgía un punto de aplicación práctica, a saber: ¿Es imposible evitar el agotamiento al tratar con un delincuente? Ya que, si así fuera, ello imponía una seria limitación al tratamiento de tales casos. Por aquel entonces, sin embargo, un niño delincuente había sido tratado por el doctor Schmideberg, sin que éste tuviese demasiadas dificultades en el manejo del análisis. Así, pues, creo que lo que pensaba el doctor Jones a la sazón era que el error estaba en mi técnica.(6)

La intención de dejarme agotado pronto se hizo sentir pero antes ya había sido posible llevar a cabo una buena parte del análisis. Los juguetitos principalmente le habían permitido a David darme y darse un verdadero cúmulo de fantasías, y muy detalladas además.(7)

Al cabo de unos pocos días David huyó de las angustias correspondientes a las fantasías profundas a un interés por el mundo de fuera, las calles vistas desde la ventana, y el mundo que había de mi puerta hacia afuera, especialmente el ascensor. El interior de la habitación se había convertido en su propio interior y, si tenía que tratar conmigo y con el contenido de mi habitación (padre y madre, brujas, fantasmas, perseguidores, etc.), tenía que disponer de los medios para controlarlos. Ante todo tenía que agotarlos, ya que temía no poder controlarlos; y yo creí que en esto demostraba cierta desconfianza hacia la omnipotencia. En aquella fase tuve pruebas de un impulso suicida. Junto con la necesidad de causar mi agotamiento se desarrolló el deseo de salvarme del mismo, de manera que cual capataz de esclavos ponía grandísimo cuidado en evitar que sus esclavos se agotasen. Me daba unos períodos compulsorios de descanso.

Pronto se hizo evidente que era él quien se estaba agotando, y el problema del cansancio del analista se resolvió gradualmente por la interpretación referente a su propio agotamiento en el control de los padres internalizados, que se agotaban mutuamente tanto como él.

Tuve la buena fortuna de que el Día del Armisticio, a las once de la mañana, el paciente estuviese en mi consulta. La cuestión de la celebración del Día del Armisticio le interesó mucho. No tanto porque su padre

hubiese luchado en la guerra, como porque en el niño ya se había desarrollado el interés (antes del análisis y en relación con el análisis) por las calles y el tránsito, en cuanto a cosas que le daban una muestra no irremisiblemente incontrolable de la realidad interior.

Llegó a la consulta lleno del placer que le había producido comprar una amapola (8) que le ofrecía una señora y a las once se interesó por cada uno de los detalles de los acontecimientos que se desarrollaban en la calle. Luego vino el esperado espacio de dos minutos de silencio. En mi vecindario el silencio resultó especialmente completo, cosa que entusiasmó muchísimo al chico, comentó que era hermoso. Durante dos minutos de su vida no se había sentido cansado, no había sentido la necesidad de agotar a sus padres, toda vez que había aparecido un control omnipotente impuesto desde fuera y cuya realidad era aceptada por todos.

Resultó interesante su fantasía en el sentido de que durante el Silencio las señoras seguían vendiendo flores, la única actividad permitida.(9)

Una omnipotencia más maníaca, interior, lo hubiese interrumpido todo (incluyendo lo bueno).

El análisis de la posición depresiva y de la defensa maníaca ha aminorado su enfebrecido placer en el análisis. Ha habido momentos de intenso cansancio, tristeza y desesperanza, e indirectamente ha dado muestras de sentimientos de culpabilidad. Por unas semanas desarrolló juegos, en los que yo tenía que asustarme mucho o sentirme culpable, y en los que sufría las más terribles pesadillas. Esta semana incluso él mismo ha jugado a asustarse muchísimo, y en el día de hoy estaba realmente asustado por algo. Me ilustró su resistencia haciendo que le enseñase a zambullirse, cosa que de hecho se niega a aprender, y yo tengo que decirle: « ¡Me estás haciendo perder el tiempo! ¿Cómo voy a enseñarte a zambullirte si eres incapaz de estar de pie? Estoy muy enfadado contigo» y cosas por el estilo. Todo esto acaba por convertirse en una gran juerga; él me hace reír de buena gana y entonces se pone muy contento. pero ahora es consciente de que todas estas bromas forman parte de las defensas contra la posición depresiva, y, actualmente, muy en especial contra los sentimientos de culpabilidad; al mismo tiempo, se está analizando gradualmente la defensa.

¿Cómo puede zambullirse al interior del cuerpo (10), la realidad interior, a menos que pueda tenerse en pie, estar seguro de que vive, comprender lo que encontrará dentro?

El caso de David es ejemplo del peligro que corre el yo en manos de los objetos interiores «malos». El muchacho teme que los padres interiores, que constantemente se vacían el uno al otro, le vacíen y agoten a él. David muestra la huida desde la realidad interior al interés por la superficie de su cuerpo, y por los sentimientos de dicha superficie y, partiendo de dichos sentimientos, a un interés por los cuerpos y sentimientos de otros niños.

La marcha de su análisis ejemplifica también la importancia de la comprensión del mecanismo del control omnipotente de los objetos interiores, así como de la relación de la negación del cansancio, y los sentimientos de culpabilidad y la negación de la realidad interior.

Charlotte (de treinta años) lleva dos meses en análisis conmigo. Clínicamente se trata de un caso depresivo, con temores suicidas, pero también con cierto disfrute tanto del trabajo como de las actividades exteriores. En los comienzos del análisis dio cuenta de un sueño que forma parte de su repertorio: llega a una estación de ferrocarril donde hay un tren, pero el tren nunca arranca.

La semana pasada tuvo el mismo sueño dos veces en una noche. Debo omitir muchos detalles, pero el punto esencial fue que en cada uno de los sueños Charlotte recorría de un extremo a otro el pasillo de un tren, buscando un vagón que tuviera uno de sus lados completamente desocupado, con el fin de poder tumbarse y dormir durante el viaje. Una tal señora X, por la que la paciente siente afecto (y que es comparable conmigo por cuanto se preocupa por ella, aunque se apresura a recomendarle algo para las hemorroides mientras yo no hago nada para tratarlas), le decía que buscara un lugar donde lavarse.

En el primer sueño Charlotte encontró el compartimiento que buscaba y en el segundo encontró el sitio donde lavarse. En cada uno de los sueños el tren arrancó. Fue este comentario fortuito lo que me hizo recordar el sueño repetido. Las hemorroides, que para aquel entonces ya se habían convertido en un rasgo clínico, llamaban la atención, desde luego, sobre la excitación y la fantasía anal, por lo que uno no se sorprende al ver que los viajes ocupan un lugar importante en el sueño. En aquella sesión la paciente describió de qué manera había atravesado el parque calzada con gruesos zapatos, lo cual la ayudaba a desprender sus sentimientos; también

describió de qué modo había jugado con su sobrino, que la había inducido a hacer ejercicios gimnásticos en el suelo.

Podría señalarles mi papel de madre en la transferencia, con la apremiante necesidad de la paciente, indirectamente expresada, de ensuciarme, darme patadas y pisotearme el cuerpo, etc. Pero creo que con eso hubiese pasado por alto algo muy importante de no haber señalado la aminoración de la defensa maníaca y los nuevos peligros inherentes al cambio. El tren que nunca echaba a correr por las vías era la representación de los padres omnipotentemente controlados, mantenidos en animación suspendida. Las palabras de Joan Riviere, «el ahogo de la defensa maníaca», describen la condición clínica que a la sazón temía la paciente. El hecho de que los trenes se pusieran en marcha indicaba la aminoración de este control de los padres interiorizados, y lanzaba una advertencia sobre los peligros inherentes a ello, así como sobre la necesidad de nuevas defensas en el supuesto de que el avance en aquella dirección sobrepasara al desarrollo del yo que el análisis estaba produciendo. Recientemente se había presentado material e interpretaciones referentes a la absorción de mi persona y de mi habitación, etc.

Dicho sencillamente, los trenes que se ponen en marcha están expuestos a los accidentes.

La búsqueda del lugar donde lavarse, dentro de este marco, estaba conectada probablemente con el desarrollo de la técnica obsesiva y todo lo que esto significa con respecto a la habilidad para tolerar la posición depresiva y para reconocer el amor y la dependencia objetal.

En la siguiente consulta la paciente se sintió responsable de las señales de patadas que había en mi puerta y de las huellas sucias del mobiliario, y quiso lavarlas.

Mathilda (de treinta y nueve años) lleva cuatro años sometida a análisis. Clínicamente era un caso serio de obsesión. Durante el análisis ha sido una depresiva con marcados temores suicidas. Psicológicamente ha estado enferma desde la primera infancia, sin que se acuerde de ningún período feliz. A los cuatro años no podían dejarla en la escuela diurna y desde más o menos aquellas fechas hasta fines de la infancia su vida se vio dominada por el temor a estar enferma.

La palabra «final» no podía ser pronunciada en ningún contexto durante el análisis y resultaba casi posible describir la totalidad del análisis como el análisis de su fin.

Justo en estos días se están estableciendo los primeros contactos reales, el interés y el deseo anal acaba de presentarse, después de haber estado profundamente reprimidos.

Al comenzar la sesión que me propongo describir, perteneciente a la labor de la semana en curso, la paciente trató de hacerme reír, y ella misma se rió al pensar que, por la postura de mis manos, yo estaba reteniendo la orina. Con esta paciente, al igual que con otros, comprobé que este intento de reírse y hacerme reír era señal de angustia depresiva; el paciente puede hallar un gran alivio si uno reconoce rápidamente esta interpretación, incluso hasta el punto de romper a llorar en lugar de seguir riendo y haciéndose el gracioso. La paciente sacó lo que se llama una «Polyfoto» de ella misma. Su madre quería tener una foto suya y ella pensó que si tomaban cuarenta y ocho fotos pequeñas (como se hace por el método citado) una o dos de ellas serían buenas. Asimismo, este método corresponde a la esperanza de juntar los fragmentos (11) de pecho, de los padres, de uno mismo.

Me pidió que escogiera la que me gustaba más y también que examinase todas las restantes de las cuarenta y ocho fotos. La paciente tenía intención de regalarme una. La idea consistía en que yo hiciese algo fuera del análisis, y cuando, en lugar de caer en la trampa (unos pocos días antes me había advertido sobre tales trampas), yo me puse a analizar la situación, ella se sintió desesperanzada, dijo que no le daría una foto a nadie, y que se suicidaría. Ya habíamos hablado mucho del tema de mirar como forma de dar vida, y yo iba a verme seducido a negar su muerte mirando y viendo.

Si yo no accedía, ella se sentía herida, lo cual se relacionaba con su extrema angustia referente a la fantasía de haber rechazado el pecho de la madre (haciendo que ésta se disgustara o sintiera herida) en contraposición a sentirse furiosa por verse frustrada por la madre. Al final de cada sesión analítica, lo más probable era que ella se sintiese despechada como si se tratase de la negativa a seguir administrándole el análisis, negativa contra la que ella se defendía haciendo hincapié en los poderes frustratorios del analista.

Las interpretaciones sacaron a la luz el hecho de que ella consideraba el análisis como un arma en mis manos, y

también que sentía que era más real que yo mirase su foto (una cuadragésimo octava parte de ella misma) que la mirase a ella misma. La situación analítica, que la paciente lleva cuatro años proclamando como su única realidad, le parecía por primera vez, en aquel momento, irreal o cuando menos una relación narcisista, una relación con el analista que a ella le resultaba valiosa principalmente por el alivio que le proporcionaba, un tomar sin dar, una relación con sus propios objetos interiores. La paciente recordó que uno o dos días antes había pensado de pronto «cuán terrible era ser realmente una misma, cuán terriblemente solitario».

Ser uno mismo o una misma significa contener una relación entre padre y madre. Si ellos se aman y son felices juntos, suscitan odio y codicia en el solitario; y, si son malos, ladrones, crueles, pendencieros, lo son debido a la ira del solitario, ira enraizada en el pasado.

Este análisis ha sido muy largo, debido en parte a que durante los primeros dos años yo no comprendí la posición depresiva; a decir verdad, no fue hasta el año pasado que tuve el presentimiento de que el análisis marchaba realmente bien.

He citado el caso de Mathilda principalmente con el fin de ilustrar el sentimiento de irrealidad que acompaña a la negación de la realidad interior en la defensa maníaca. El incidente de la "Polyfoto" fue una invitación a que yo me viese atrapado en el asunto de su defensa maníaca en lugar de comprender su muerte, inexistencia, falta de un sentimiento de realidad de sí misma.

Resumen

He querido presentar ciertos aspectos de la defensa maníaca y de sus relaciones con la posición depresiva. Al hacerlo he lanzado una invitación a que se discutiese el término «realidad interior», y su significado en comparación con el significado de los términos «fantasía» y «realidad exterior».

El incremento de mi propia comprensión de la defensa maníaca, así como el mayor reconocimiento de la realidad interior, han significado un gran cambio para mi práctica psicoanalítica.

Confío en que el material de los casos citados les haya dado algún indicio de la forma en que la defensa maníaca es de un modo u otro un mecanismo que se emplea corrientemente y que debe estar constantemente presente en la mente del analista, al igual que cualquier otro mecanismo de defensa.

No basta con decir que ciertos casos dan muestras de defensa maníaca, ya que en todo caso la posición depresiva es alcanzada antes o después, por lo que siempre es de esperar que aparezca. Y, en cualquier caso, el análisis del final del análisis (que puede darse al principio) incluye el análisis de la posición depresiva.

Es posible que un buen análisis sea incompleto porque el final se haya presentado sin ser plenamente analizado; o es posible que un análisis resulte prolongado debido en parte a que el final, y el mismo resultado afortunado, se hagan tolerables a un paciente solamente cuando hayan sido analizados; o sea, después de completar el análisis de la posición depresiva, y el de las defensas que contra ella puedan emplearse, incluyendo la defensa maníaca.

El término «defensa maníaca» se ha forjado para cubrir la capacidad que tiene una persona para negar la angustia depresiva que es inherente al desarrollo emocional, la angustia que corresponde a la capacidad del individuo para sentirse culpable y también para reconocer la responsabilidad por las experiencias instintivas, y por la agresión en la fantasía que acompaña a las experiencias instintivas.

Notas

- (1) El término "realidad psíquica" no implica ningún emplazamiento de la fantasía; el término "realidad interior" presupone la existencia de un interior y de un exterior y, por consiguiente, una membrana limítrofe perteneciente a la que yo llamaría el "psiquesoma" (1957).
 - (2) Actualmente emplearía el término "quimeras" (1957).
 - (3) Es decir, en el psicoanálisis antes de Klein.
 - (4) Véase elación
 - (5) Esta idea ha sido expresada por Brierley (1951, capítulo 6).
 - (6) Ahora veo que había un problema implícito y muy real en la observación del doctor Jones, y he desarrollado el tema.
 - (7) La introducción hecha por la señora Klein del empleo de unos cuantos juguetes diminutos fue un plan brillante, ya que dichos juguetes prestaron apoyo al niño en relación con la devaluación despreciativa y, además, hacen que el dominio omnipotente sea casi un hecho. El niño es capaz de expresar profundas fantasías por medio de los pequeños juguetes al principio del tratamiento y de esta manera empieza con cierta creencia en su propia realidad interior.
 - (8) Durante el Día del Armisticio (Poppy Day) en Inglaterra se venden amapolas de papel con fines benéficos (N. del T).
 - (9) Esto lo imaginaba el niño, pues en realidad no era cierto.
 - (10) Ahora añadiría la idea de que el niño se enfrentaba con la depresión de su madre lanzándose de cabeza en el mundo interior de la misma (1957)
 - (11) Actualmente vería mucho más en este incidente, pero creo que actuaría como lo hice entonces.
-